

EL BAÑO DEL ANALISTA

Es cierto que a veces se dan situaciones en la vida en las cuales los humanos complicamos más las cosas en lugar de simplificarlas. Una de ellas es, sin duda, cuando contratamos los servicios de un, o una, analista psicoanalítico y acordamos iniciar un trabajo en conjunto.

Hasta ahí todo bien, es una situación común que se da desde entrado el siglo pasado y lo que va de este nuevo milenio que transitamos. El problema es que cuando comenzamos a contarle nuestras cuitas al analista estamos realizando una descarga emocional, y ahí surge la pregunta: ¿no le ha ocurrido a usted, amiga o amigo, a quien llevo con estas palabras, que le den ganas de una descarga también biológica en medio de la sesión de terapia? No me refiero a sexo explícito, sino simplemente ganas de ir al baño.

El analista, amablemente en primera instancia, nos indica el camino y nos deja ante la puerta frente a la cual imaginamos millones de cosas. Por ejemplo: ¿quién usó este baño antes que nosotros? Ello siempre y cuando el consultorio sea de uso exclusivo del profesional con el cual estemos trabajando. En caso de que lo comparta con otros técnicos de la misma línea la cosa se complica mucho más y las preguntas se multiplican.

Pero pongamos por caso que la situación corresponde a la primera configuración. Está todo pulcramente ubicado en su lugar en el recinto sagrado donde todos los humanos concurrimos solos, a no ser claro que estemos en casa y se nos ocurra bañarnos con nuestra pareja, lo cual es muy saludable. Hasta ahí habían pasado por nuestra cabeza multitud de temores. Incluso antes de animarnos a realizar el pedido. Como por ejemplo: ¿qué pensará este tipo/a respecto a usarle el baño?

Hay cosas que son claras: cuando la naturaleza reclama es difícil hacerse el tonto y pensar en otra cosa. Pero bueno, hasta ese momento en que tomamos la decisión de

realizar la solicitud, nos acomodábamos en el sillón tan bien dispuesto para nosotros los pacientes, como podíamos, con movimientos que denotaban una cierta incomodidad. Ello no pasaba desapercibido para quien nos estaba escrutando con su mirada. ¿Qué te pasa fulano que estás hablando del tiempo en lugar de hablar de ti? Y aquello era como un mazazo a nuestros delirios persecutorios. Más bien los potenciaba mientras nos acurrucábamos en la cómoda poltrona para olvidar que teníamos que echar una mirada al dulce wáter closet y lisa y llanamente orinar.